

Al acabar la primera parte de una obra en mi casa me he encontrado con algunas novedades que tienen carácter general o validez universal entre nosotros.

Han desaparecido con esa obra varios detalles característicos. No hace falta decir que con sentimiento mío y por imperativos de la novedad y de la necesidad, que son los dos factores que han quitado a Alcázar todo matiz de arcaísmo.

Ha quedado la casa, como Alcázar con su renovación, sin su pátina, menos arrugada y con aire más juvenil, pero, ¿hemos ganado o hemos perdido con el cambio?

Nos hemos puesto en la corriente del día y somos como los demás, unos de tantos, pero lo nuestro propio, lo genuino alcazareño, ¿dónde está? La gente ¿vendrá en nuestra busca para ver lo que podría hallar en cualquier parte o para ver lo singular y único? En la respuesta a esta pregunta debe encontrar su fundamento nuestra conducta.

Se han enderezado muchas murallas, se han quitado muchos rincones y se han allanado las cuevas, solo que lo suyo propio, lo característico, eran esos escondites y estrecheces y al ganar diafanidad hemos perdido la personalidad, las cosas son otras y mucho menos singulares, como los barrios nuevos de casas baratas de todos los pueblos.

¿Hace falta decir que lo

importante será lo que nos diferencie y no lo que nos iguale a los demás? ¿Es que no está claro que el prevalecer nuestro dependerá de acentuar lo específico y no de igualar lo genérico?

LO NUESTRO

La gente se acuerda de Alcázar por la Estación, por las tortas, por los jarretes, por el tueste de las *alcagüetas* y por la carne frita con ajos o cocida con vino. Hubiera sido de desear que lo recordara también por el Ayuntamiento viejo, por los desniveles y tortuosidades del barrio de Santa María, por la Posada, grandiosa y castiza, aunque se hubiera convertido en un gran hotel por dentro, que lo cortés no quita lo valiente y la conservación no impide la evolución, por la capilla del Hospital Viejo, por las numerosas casas típicas desaparecidas y por la cultura de sus hijos que les permitía tener el buen gusto de conservar esas joyas demostrativas de su origen y de su alcurnia, las suyas, fueren las que fueren.

Muchas de estas piezas de nuestra historia, han desaparecido, como la casa de Cervantes; porque se hundían, las vendieron y en su lugar levantaron una casa nueva a gusto de su dueño, con absoluto olvido del carácter anterior, de la fisonomía del paraje y de la historia del lugar.

El Ayuntamiento mismo se tiró para que no estorbara, ni más ni menos, porque el espíritu renovador creyó que era un pegote en medio de la Plaza. ¡Qué falta de sensibilidad y de comprensión, cuando era la pieza angular del carácter de la Villa! Con anterioridad a eso, el mismo espíritu, encarnado en distintas personas, excelentes por otra parte, de gran relieve, queridas y admiradas por todos, cambiaron totalmente la fisonomía de la Plaza Vieja. Estos fueron los asturianos D. Oliverio y D. Alvaro; el primero al hacer el Casino y su casa después, que fueron con el tiempo refugio del Ayuntamiento, la casa con carácter temporal y el Casino con carácter definitivo y Don Alvaro al hacer su casa y quitar la posada aunque esto no lo hiciera él personalmente ya, sustituyéndolos por construcciones que